

Me asusta mirarme a los espejos —confiesa— porque ya no veo nada en mis pupilas y, si oigo, no sé lo que me cuentan, y no sé por qué ponen tanta insistencia en reavivarme la memoria (p. 58).

Escribe desde «su pequeño ángulo personal de las cosas» y «sin deseo de perfección ni de verdad». Comparándola con otras autobiografías contemporáneas como la de Corpus Barga, María Teresa León califica la suya de «libro desordenado como memoria de vieja» (p. 243).

Rosa Chacel reconoce en el libro «Cierta desbarajuste, cierta inseguridad de la melancolía memorizada»¹⁵. Y Aurora de Albornoz, explica este aparente desorden como deliberada técnica novelística, a la manera proustiana¹⁶.

No hay predominio del orden cronológico; ya que el relato se articula, desde el título y hasta la última página, a partir del eje que rige la memoria. Hay cosas que «sacan el pasado de la memoria» o personas que «reavivan la memoria» y serán los recuerdos los que impongan el orden del relato. «En consecuencia se alternan los diversos tiempos de la narración y de lo narrado, saltando a veces de un tiempo a otro, asociándolos por analogía o por contraste»¹⁷.

El uso del término singular facilita el permanente vaivén entre diferentes acepciones de *memoria*, que será tanto facultad o potencia del alma, como sinónimo de recuerdo, o relación escrita de la propia vida. Rosa Chacel opina que «este libro, bien mirado —bien leído— suscita, ante todo el plural, su tonalidad tan múltiple, es un conjunto de memorias» (p. 18).

María Teresa admira a Pío Baroja porque «su memoria le permitía fijar fechas, acontecimientos, plazas, fuentes...» Ella, por el contrario, habla «con el poco sentido del recuerdo, con las fallas, las caídas, los tropiezos inevitables del espejo de la memoria». Y las palabras finales de la autobiografía, dirigidas a Gori Muñoz, destacado escenógrafo del exilio republicano, son las siguientes:

Sí, tú hubieras sido el único escenógrafo posible de mi «memoria recordando». Pero aún tengo la ilusión de que mi memoria del recuerdo no se extinga y por eso escribo en letras grandes y esperanzadas CONTINUARÁ (p. 356).

Podemos ver ya en estos ejemplos, además, cómo se van estableciendo múltiples relaciones sintagmáticas y paradigmáticas que irán constituyendo un campo léxico tan amplio como complejo, a partir de *memoria*. Y es que el texto de María Teresa León constituye una reflexión profunda y constante sobre la problemática vital que plantean la memoria y el poder de los recuerdos¹⁹.

¹⁵ Op. cit., p. 53.

¹⁶ Op. cit., p. 43.

¹⁷ Op. cit., p. 28. Torres Nebrera.

¹⁸ Op. cit., p. 49.

¹⁹ Escapa a nuestras posibilidades el esbozar aquí siquiera someramente la compleja problemática que plantea la cuestión memoria y olvido. Pero, en la selección de ejemplos, tenemos en cuenta que «on ne saurait, en une pensée disjonctive, opposer simplement la mémoire et l'oubli, pour valoriser l'une et dénoncer l'autre». Nicolás Lapierre, «La mémoire et l'oubli», en *Communications* n.º 49, París, Seuil, 1989.

Qué horrible es que los recuerdos se precipiten sobre ti y te obliguen a mirarlos y te muerdan y se revuelquen sobre tus entrañas que es el lugar de la memoria (p. 78).

«Hay momentos en que basta cerrar los ojos para ver», «telegramas que precipitan hasta el fondo de nosotros imágenes que no podemos sujetar» y «lugares que luego nos palpitan en las entrañas» o que «nos respiran en los pulmones».

El minucioso análisis, en muchos casos, lleva a establecer un orden jerárquico de memorias: «Cúanto ruido guarda la memoria, más que imágenes» (p. 16). «Se han disuelto las imágenes pero no las voces» (p. 11).

A la memoria del sonido sigue la de los olores, la del tacto. Se mezclan para no tener piedad de nosotros. Te arrastran para ver el lugar donde fuiste testigo, por ejemplo, de las explosiones o de los incendios (p. 54).

La memoria «tradicional» no basta, pero la autora cree en la memoria «ancestral» y «vive encadenada a los recuerdos» (p. 95).

Considera que olvidar constituye «nuestro propio delito» y le asombra comprobar «cómo pueden barrerse con tanta perfección de la memoria las horas que se viven» (p. 21)

Por este motivo, el adjetivo *inolvidable* se reitera con carga semántica muy positiva, aplicado a personas, momentos, países u objetos.

El autoanálisis es constante; la suya es una memoria «pálida, nostálgica, indulgente y desconfía de la exactitud de sus recuerdos. Las imágenes se le han desordenado, encimándose, se le superponen, no sabe si es verdad lo que conserva en la memoria».

Distingue, sin embargo, entre recuerdo y marca personal:

No puedo recordar algunos nombres pero sí el surco que dejaron algunas gentes: pasaron y marcaron (p. 60).

La conciencia del olvido paulatino le produce profunda angustia:

Estoy como separada, mirándome. No encuentro la fórmula para dialogar ni para unirme. Siento angustia. He sentido muchas veces angustia al mirar, sentados junto a mí, a seres que dicen que son mi gente y no los reconozco (p. 19).

Todos estos textos hacen referencia a la modalidad del pacto referencial establecido en *Memoria de la melancolía*: la información sobre la «realidad» exterior al texto, está restringida no sólo por el enfoque personal de la misma, sino por los límites impuestos por la memoria²⁰. Se abriría así la posibilidad de llevar a cabo un análisis del discurso de la subjetividad, con los riesgos propios de la indeterminación de la palabra *persona*.²¹

En esta oportunidad, nos limitaremos al enfoque lexicológico, analizando la significación de *memoria* en relación con otros términos con los que aparece en estrecha relación²².

²⁰ Ph. Lejeune. p. 155.

²¹ *Ibidem*, p. 153.

²² George Matoré, *La méthode en lexicologie*, Paris, Didier, 1953. «Le mot... n'est pas isolé dans la conscience. Il fait partie d'un contexte, d'une phrase qui, en partie, le déterminent, il est aussi lié à d'autres termes qui lui ressemblent, soit par la forme ou le sens, soit par le sens».

Comenzaremos por *melancolía*, palabra de «imprevisible fisonomía» que, tanto en el título como en muchos otros textos aparece complementado a *memoria*, y ayuda a definir el sentido último de la palabra testigo. Rosa Chacel explica:

Melancolía es una palabra tan seductora, tan fonéticamente sugestiva que comprobarla en el diccionario defrauda. «Humor negro, bilis negra» y otras cosas parecidas²³.

Para María Teresa León, se trata de una «melancolía indefinible que corroe el alma», pues «los recuerdos a veces nos llenan de rabia melancólica el alma». Poca relación parecen tener las «diferentes clases de congojas» (p. 77) que expresa en esta obra, con la «melancolía» que le enseñó aquella monja del Sagrado Corazón, «tristeza, amor melancólico roto en mil añicos por alguna tragedia», aunque en el mismo sentido, «se adormecen melancólicamente algunos lugares que se van alejando», y califica a la suya de «memoria melancólica, a medio apagar» (p. 34).

Sin embargo, ella ahora se confiesa «invadida por todos los cansancios» y «colmada de angustia». Y este sentimiento, mucho más desgarrador, permite al lector establecer el puente entre *memoria* y otro campo léxico fundamental en esta autobiografía, el correspondiente a *Guerra de España y destierro*. Para Zelaya Kolker hay «una necesidad obsesiva de recordar sus experiencias de guerra de 1936»²⁴. Leemos:

Guerra de España que aún se cuenta, o se canta o se discute, ¿por qué esa persistencia en la memoria de los hombres? (p. 114)

«Una escenografía de catástrofe le ha quedado dentro. Partió con todos los recuerdos anudados. Le cuesta siempre darse cuenta de que vive en la calle del destierro... y mira y habla como entonces, con Rafael junto a ella, creyendo que es entonces» (pp. 35 y 55). Vimos cómo el relato autobiográfico involucra a los *desterrados*, tanto en función de sujeto como de interlocutor:

Todos los desterrados de España tenemos los ojos abiertos a los sueños (p. 46)

Nosotros somos aquellos que miraron sus pensamientos uno a uno durante treinta años (p. 31).

Contad vuestras angustias del destierro. Todos las llevamos adentro (p. 72).

La reflexión sobre la aventura-desventura del destierro, y la conducta de los exiliados es constante: «A costas nos llevamos nuestros defectos y nuestras virtudes, como cualquier pueblo que se echa a andar» (p. 32).

«El cansancio de no saber dónde morir es la mayor tristeza del emigrado» (p. 30) y se busca «una patria pequeña para reemplazar a la que le arrancaron del alma de un solo tirón». María Teresa ruega «que no la dejen ante una ventana extranjera, mirando,» (p. 31) y confiesa: «Tengo miedo de morir al pisar la frontera» (p. 75).

Con la autoridad de quien también vivió largos años de exilio, Rosa Chacel nos dice: «Esto es lo que hay que meditar o considerar bien: la angustia ante la lejanía de la patria se hace más punzante ante la presencia de la patria al alcance de la mano»²⁴

²³ Op. cit., p. 49.

²⁴ M. Zelaya Kolker Testimonios americanos de los españoles desterrados en América, Madrid, Cult. Hisp. ICI, p. 77, 1985.

La muerte se llevó a María Teresa hace pocos meses. Sin embargo, la espera había sido demasiado larga. Y al pisar tierra española en 1977, la memoria para el olvido por la que clamaba ya al escribir su autobiografía, le había sido concedida. De este modo, sus palabras *memoria, melancolía, angustia, destierro* adquirirían su último y trágico sentido.

A esta cruel ironía²⁵ hacen constante referencia muchos textos de los que la conocieron y han estudiado su vida y su obra.

El misterio de esta ausencia anticipada de quien tanto luchó por siempre por la *memoria del recuerdo* es expresado por Rafael Alberti en un artículo escrito con motivo de la muerte de María Teresa.

Hace más de seis años que dejaste de hablar, en los que pronto inclinaste la cabeza, casi cerraste los ojos y apenas mínimos murmullos dejabas escapar por tus labios. ¿Por dónde anduviste? ¿Qué selva de árboles flexibles, con hojas de rama como de nubes, crearon tu vivienda?

El texto al que esta cita pertenece²⁶ abre un nuevo tomo de memorias albertianas. Este, en palabras del poeta, será obra en común con su fiel compañera de tantos años:

Contigo voy a comenzar ahora la tercera parte de mi *Arboleda perdida*, en donde irán tantas páginas que faltan, tanto aire respirado juntos, tantos bellos y oscuros secretos nunca revelados y aparecerán los poemas que no se hicieron, los más bellos del comienzo, los más secretos, los más bellos retornos de los bosques nocturnos.

Ésta será, sin duda, la magia poética que ha de permitir el «consuelo sin nombre, no perder la memoria» y mantener viva la presencia de María Teresa León, gran mujer comprometida con su tiempo, para la cual «no somos si no somos historia»²⁷. Será la respuesta a su pedido: «Yo no quedaré, pero cuando yo no recuerde, recordad vosotros. Recordad que mi mano derecha se abrió siempre. Recordad que no era fácil el diálogo y la paciencia y que todo se venció hasta los límites y más allá» (p. 182).

María Teresa Pochat

²⁵ Su hijo Gonzalo, médico, escribe: «¡Qué mala pasada te ha jugado la vida al final del libreto! Tú que poseíste una de las inteligencias femeninas más brillantes de España..., te encuentras con la memoria disgregada, los recuerdos borrados, la mente confusa, disminuidos los sentidos...» En María Teresa León, Valladolid, p. 77.

²⁶ R. Alberti, Las nuevas ramas de tu muerte, en ABC, Madrid 1989. Por este artículo, Alberti recibió el premio «Mariano de Cavia».

²⁷ Prólogo a *Contra viento y marea*, Buenos Aires, AIAPE, 1941.